

**MARGARITA  
GARCIA  
FLORES**

## **ENTREVISTA A ELENA PONIATOWSKA**

Después de varios años de conocer a Elena Poniatowska estoy convencida de que su humildad es cierta, lo mismo que la emoción que le causan México, sus problemas y su gente. Emoción que transmite en la novela *Hasta no verte Jesús Mío* y en sus otros seis libros.

He visto a Elena conmoverse ante el relato de un luchador ferrocarrilero como Juan Bante, en un mitin improvisado en Matías Romero, Oax. Pero ella dice que no entiende el problema que cuenta Juan Bante. La he visto en el mercado de Coatzacoalcos buscando a un pariente de Demetrio Vallejo, para conversar con él y obtener más datos que acaben de formar la imagen que ella tiene de Vallejo. La he visto algunos domingos tranquilos, en Cuernavaca, con Guillermo, Mane, Felipe y Paula. La he visto encoger la nariz cuando alguien le dice que es una gran escritora. Se incomoda con los elogios. Se mueve mejor en su estudio: un gran cuarto-biblioteca con una mesa fuerte llena de papeles, plumas, periódicos y libros. Aquí es feliz. Aquí está una de las partes más verdaderas de Elena. Aquí completamos la entrevista iniciada en la Casa del Lago.

— *¿Qué te parece si empezamos con esa niñita terrible, Lilus Kikus, heroína de tu primer libro?*

— Era un libro muy pequeño, una especie de novelita. Con *Lilus Kikus* se inició la colección de "Los presentes" que dirigía Juan José Arreola. Recuerdo que el segundo libro fue *Los días enmascarados*, de Carlos Fuentes. *Lilus* es la historia de una niña que va relatando sus impresiones en el convento de monjas en el cual estudia.

— *¿Tú eres esta niña?*

— Un poco puedo ser yo, pero pueden ser mi hermana o algunas amigas de mi edad y jóvenes que tuvieron la misma educación o formación.

— *¿Por qué rehuyes hablar de tu infancia?*

— Siempre lo he rehuído. Llegué a México a los nueve años. Soy hija de un francés de origen polaco de nombre Poniatowski y de una mexicana, Paula Amor, cuyo origen también es francés porque pertenece a los mexicanos que se fueron a Francia durante la revolución, a quienes les quitaron sus haciendas, mexicanos reaccionarios que se refugiaron en Biarritz: los Corcuera, los Escandón, los Iturbe. Mi mamá todavía habla con un fuerte acento francés, como Alejo Carpentier. Pertenezco a este grupo social de gente medio o, si quieres, muy extranjerizante y creo que siempre lo he querido evitar, desde niña, por eso jamás hablo de mi nacimiento ni de mi infancia, porque nací francesa.

— *¿Y cómo te hiciste tan mexicana?*

— Yo llegué aquí y no aprendí español, porque no estuve en una escuela donde enseñaran español. Me metieron, absurdamente, en una escuela en donde se enseñaba en inglés, a contar en libras esterlinas, "pounds and shillings", y a cantar *God Save the Queen!* Canté *God Save the Queen!* durante tres años de mi vida. Nunca supe para qué, porque jamás he ido a Inglaterra. Era quizás porque

aprender español no se consideraba necesario. En mi casa se hablaba francés o inglés. El español lo aprendí con las sirvientas, de ahí mi enorme apego a las sirvientas. Descubrí un mundo que no existe en Francia. Me interesó muchísimo y eso me hizo ir hacia los problemas sociales de los cuales me he ocupado en mis libros.

— *¿Piensas tus libros en francés o en español?*

— En los dos idiomas. A veces recorro al diccionario francés-español.

— *¿De qué te han servido tantos años (20) en el periodismo?*

— Para adquirir una capacidad de trabajo y una capacidad para el diálogo. Creo que conozco el oficio de periodista, pero también me ha servido como evasión. Soy muy insegura. Para todos los libros que he escrito he necesitado las muletas del periodismo, las de la entrevista para sustentarlos. Además, con tal de no lanzarme a una novela, me dediqué totalmente a hacer periodismo.

— *Pero hay bastante creación, recreación en Hasta no verte Jesús Mío. Si uno no supiera que la heroína vive en X colonia de la ciudad de México, pues podría ser perfectamente un personaje de ficción. . .*

— Sí, creo que soy buena trabajadora. Natalia Gingsburgh dijo alguna vez que ella no sabía, no conocía el valor de lo que hacía, si era bueno o malo, pero que sí sabía que conocía su oficio. Yo también conozco mi oficio, pero nunca me he lanzado a la obra de gran creación justamente por temor, y por ello me he anclado en el periodismo. Recuerdo que en el *Novedades* encontré a un periodista viejito —hace como 20 años— que me dijo: Ay, Elenita, yo quise hacer una novela pero me agarró el maquinazo, me agarró el teclado y aquí me tiene". Mis compañeros eran señores que generalmente iban a la cantina de la esquina del periódico y dormían la mona después de su artículo muy mediocre, acostados en una silla frente a la máquina, en la redacción. Eso me dio una gran tristeza, pensé: ¡que no me quede yo así! El ejemplo de otras mujeres periodistas, me hizo pensar que tampoco el periodismo las había satisfecho. Ví a Elvira Vargas morir. Murió de cáncer. Se había empequeñecido, encogido. Amargada, dolida, se sentía sola. Por dedicarse al periodismo, no le había dedicado mucho tiempo a la vida, a disfrutar las cosas. Siempre andaba corriendo detrás de alguna noticia. A Rosa Castro, una mujer valiosa, hermosísima, tampoco la he sentido ni plena ni satisfecha. Tampoco creo que las escritoras tengan una vida más plena y satisfecha. Los que conocimos de cerca a Rosario, supimos de su angustia. Pero sí creo que el esfuerzo de hacer un libro es más importante que el de hacer un artículo.

— *¿Eres así de dura, de estricta, para tu obra como lo eres para la de los otros escritores?*

— Sí. Depende de cómo amanezco. Todos somos con nosotros mismos según amanecemos, contentos, tristes, preocupados, pero sí creo que cualquier esfuerzo por escribir es importante, pero en México nadie trabaja, — ¡claro, no quiero hacerle de López Portillo, lo cual es espeluznante— pero creo que no trabajamos, que los



escritores, salvo el ejemplo de Carlos Fuentes, trabajan poco. El otro día estuvimos tú y yo comiendo con Luis González de Alba (autor de *Los días y los años*), quien tiene muchas potencialidades, y nos contó que él se sentaba en la mañana en su cubículo, en la universidad, en donde es profesor, veía los volcanes, se embobaba toda la mañana y ya no hacía nada. Luego nos contó que se sentaba en el patio de su casa donde hay un colorín y que toda la mañana se la pasaba viendo el colorín. Dijo: "no hago nada, pero la paso muy bien". A mí, al mismo tiempo que me hace sonreír, eso me duele porque siento que todos estamos así. No sé si de la chamba, zas, zas, podamos aprender, podamos sacar muchas obras, pero sí creo que, por lo general los escritores, salvo Carlos Fuentes y Juan García Ponce, somos flojos, creemos que con muy poquito trabajo va a salir la obra maestra.

— *Sé que tienes como 1 500 cuartillas de una novela sobre Vallejo. Eso no significa pereza de tu parte ¿o sí?*

— No es pereza en sí, pero sí es falta de capacidad creadora porque soy muy perezosa para armar, construir los libros. No hago el esfuerzo. Escribir es sentarse todos los días a pensar cómo voy a armar esto, cómo lo voy a construir. Tengo 1 500 cuartillas de cosas que me han dicho, deshilvanadas, que he pasado en limpio, porque, como Luis González de Alba, en vez de reflexionar en qué significa el sindicalismo en México, qué son los ferrocarrileros, qué representa Vallejo, tecleo, papando moscas, sin darle sentido. Mi novela no tiene ni filosofía, ni estructura ni una razón de ser. Son simplemente anécdotas. Además, quiero hacer una novela política y resulta que todo el mundo se acuesta con todo el mundo, que hay unas relaciones amorosas y personales a la Dostoiewski. Entonces, como tú me lo decías el otro día, que de novela política se está haciendo pornográfica, porque incluso los líderes entre sí sólo hablan de los asuntos personales de los otros líderes. Por ejemplo, Luis Gómez Z. dice que Vallejo es inmoral porque ha tenido muchas mujeres. Para mí es muy difícil hacer con este material una novela que valga y que tenga interés, porque no sé cuál sea la filosofía o la mística obrera, y ni siquiera conozco la condición obrera.

— *¿Por qué escribes novelas sobre gente del pueblo como Jesusa Palancares o Vallejo, entre otros, y no con personajes de tu clase social?*

— Al sentirme cerca de las criadas, buscaba personajes que se les parecieran. En parte lo hice por evitar lo que soy. Alguna vez, cuando haya alcanzado cierta serenidad podré hacer novelas que no sean para mí como mandas. *Hasta no verte Jesús mío* me costó un trabajo enorme porque no entendía los problemas que me planteaba Jesusa Palancares. Ahora que escribo la vida de Vallejo, veo que del sindicalismo no sé absolutamente nada. Voy a las sesiones, a las asambleas y me aburro porque son muy lentas, aunque algunos ferrocarrileros hablan mejor que cualquier intelec-

tual. No entiendo muchas veces qué se está haciendo, pero voy a manifestaciones y mítines y ahí le sigo.

— *¿Por qué tanta insistencia en estas novelas?*

— Porque tienen que hacerse en México, porque no tenemos historia novelada, y para que la gente vaya a la historia, para que lea historia, creo que la novela puede ser una puerta abierta. Una novela interesante y cálida sobre un hecho histórico, puede llevar a la gente a la historia, y a saber qué diablos somos y qué diablos es nuestro país.

— O sea novelas testimoniales. No creo que *Hasta no verte Jesús mío* sea una novela sobre la revolución mexicana. Me gusta porque es la vida de una mujer estupenda. La revolución está atrás, como escenografía...

— Pienso terminar la vida de Vallejo y después escribir otra novela en donde intervenga lo que puede ser mi familia.

— *En parte eres como esas personas a las que te has acercado...*

— ¡Ojalá! Las estimo y las quiero enormemente. Yo bien quisiera ser como la Jesusa.

— *¿Te atraen sólo las personas, los personajes fuertes?*

— Vallejo no es tan fuerte. Son fuertes las circunstancias en que están. Son gente con un ideal, que cree en él y le da sentido a su vida para que ésta sea algo más que comer, hacer el amor, tener hijos. Viven por un ideal. Tienen una razón de estar sobre esta tierra y eso me interesa mucho, porque probablemente es lo que quiero hacer con mi vida. Quiero estar aquí porque hay alguna razón de estar, porque no se trata simplemente de mi personita o mis hijitos o mi maridito, mi comidita rica, todas las cosas con las cuales se conforma la vida.

— *¿Cómo te has defendido de los perjuicios de la fama y del éxito?*

— Cuando eres periodista te das cuenta de que la fama y el éxito importan un cacahuete. La respuesta de la gente, su cariño o sus cartas siempre ayudan y estimulan. He visto cómo algunas personas hacen su éxito. Cuando yo era reportera, Cuevas me mandaba dos boletines semanarios. Llegaba el día en que yo no tenía mucho para publicar y empleaba los boletines de Cuevas. Fuentes se autoentrevistaba y me enviaba la entrevista redactada. Todos fomentaban su propia fama, cuando no tenían ni obra ni eran conocidos. ¿Cuál fue la táctica de Cuevas? Atacar a los grandes. Atacaba a Diego, Siqueiros. Así se hizo famoso. Cuando uno ve cuáles son los mecanismos de la fama, pues no cree en ella. No, esto no lo digo para nada en contra de Cuevas. Es sólo un hecho que él mismo reconocería. Personalmente conozco y quiero a Cuevas, desde hace 20 años.

*(Paulita Haro Poniatowska está con nosotros. Se aburre y la dejo en el jardín de la Casa del Lago. Mientras, una persona del público pregunta a Elena si es cierto que la literatura saca a la gente de la realidad, como dijo Regis Debray, que si al escribir*



novelas ella se evade y que si otros al leerlas se salen de sus problemas).

—Depende de las novelas. Debray contradice lo que usted afirma porque acaba de publicar una novela. Pienso que la novela, en algunos casos, lleva a la toma de conciencia —responde Elena.

— ¿Esta preocupación tuviste al escribir *La noche de Tlatelolco*?

—Hice *La noche de Tlatelolco* porque en agosto de 1968 empezaron a contarme algunas cosas de las manifestaciones, a las cuales no iba porque acababa de tener a Felipito. El tres de

octubre vinieron a mis casa tres mujeres: Ma. Alicia Martínez Medrano, Margarita Nolasco y Mercedes Oliver. Llorando me contaron lo sucedido, lo que habían presenciado en Tlatelolco. Pensé que estaban histéricas, exaltadas. ¡Claro, lo que había salido en los periódicos era en sí lo suficientemente aterrador! Me contaron de pilas de cadáveres tirados en la plaza; cómo habían corrido para salir de allí; cómo Margarita perdió a su hijo y empezó a tocar en todas las puertas de los departamentos en Tlatelolco, a las seis de la mañana del día tres. Cuando los soldados trataban de dormir, ella gritaba por los pasillos “Manuelito, dónde estás”. Enloquecida de horror, a la mañana siguiente fui a Tlatelolco y todavía estaban en las puertas de los elevadores, en las paredes, las huellas de las ametralladoras, las huellas de los balazos, incluso la sangre en el piso. Todavía estaba el ejército. No había agua en los edificios y muchas de las familias habían abandonado sus casas. Me pareció terrible. Empecé a recoger los testimonios de los muchachos que querían hablar, cambiándoles sus nombres. Después, cuando salió el libro, muchos estudiantes me dijeron: “yo tengo cosas más terribles que relatarle que las que usted escribió”. Eso siempre sucede, al principio nadie quiere hablar, después todos quieren hacerlo.

— *De La noche de Tlatelolco Octavio Paz se ha expresado muy elogiosamente. Te compara con Sigüenza y Góngora, cuando éste hace la crónica de los motines en México, en 1692. ¿Qué han significado para ti la crítica y los elogios?*

—Admiro y quiero a Octavio Paz. Nos conocemos desde hace más o menos 20 años, desde que inicié mi carrera periodística. A él le debo siempre apoyo y cariño, pero no estoy de acuerdo con una de sus tesis sobre la historia de México. El sostiene que la Plaza de las tres culturas es una plaza de sacrificios y que como tenemos antecedentes aztecas, debemos de inmolar cada tantos años a mucha gente. Es discutible esta afirmación, porque ¿qué tal los antecedentes aztecas de los norteamericanos en Vietnam? ¿qué tal los antecedentes aztecas de los belgas en el Congo o de los franceses en Indochina? No es posible decir que porque llevamos adentro la posibilidad de sacrificar a seres humanos, mantenemos a lo largo de los años la necesidad de matar. Lo he discutido con él, pero como es infinitamente más culto, preparado y convincente que yo, siempre gana la partida. Me dijo que *La noche de Tlatelolco* era un libro de periodismo. A él le gusta *Hasta no verte Jesús mío*. De todos modos, su apoyo generoso significa mucho para mí y para la circulación del libro en Estados Unidos, donde Octavio es muy conocido.

— *¿Qué otras personas han sido importantes para ti, como escritora?*

—Carlos Fuentes. Leí, bueno, lo hojeé, porque no lo leí, porque se me caían todas las hojas, el manuscrito de *La región más transparente*. Yo creía que Carlos era simplemente un mucha-

cho muy inteligente, ambicioso y vanidosillo pero no lo conocía como escritor. Tuve su manuscrito sólo tres días porque el llegó a reclamármelo nerviosísimo de que lo extraviara. Después, ya publicada, leí *La región más transparente* y me impresionó mucho, me gustó. El, aunque se desvele o se tome sus copas en una fiesta, diariamente va ante la máquina (escribe con un sólo dedo, que le llaman el dedo integral, está torcido). Es muy trabajador, muy entusiasta. ¿Te imaginas escribir con un sólo dedo las 2000 cuartillas de *Terra Nostra*? Fuentes vive para la literatura. Todo el tiempo hace literatura. Cuando está enamorando a una muchacha, apunta todo lo que ella dice porque le puede servir para una novela. Va a un restorán y le pregunta al mesero cómo se hacen los pulpos en su tinta o cómo se rellena un ganso con trufas. Y apunta las explicaciones. Va a una fiesta y ve cómo baila tal o cual mujer, cómo meneas las caderas y hace una ficha. Toda la vida está haciendo fichas mentales. Alguna vez le dije ¿quién vive por ti? porque tú escribes ¿quién hace lo que tú deberías estar haciendo? El es importante porque, obviamente es un apasionado de su trabajo y vive en función de escribir. Todo lo demás viene por añadidura: tener mujer, hijos. Lo importante es escribir. No hay ninguno tan apasionado en México como él. Todos los demás parecen tibios. Fuentes es un hombre combustible. Hago a un lado a Octavio Paz, quien es el papá de los pollitos.

— *Para ti son muy importantes tus hijos y tu marido. . .*

— Sí, pero quisiera ser una poseída como Carlos. Quisiera que lo único importante fuera mi novela, porque les daría más a mis hijos si soy un ser apasionado por lo que escribo. Un escritor debe incendiarse e incendiar todo lo que tiene a su alrededor.

— *¿Y deshacerse de lo demás?*

— Lo demás es secundario. Si para mí es primario, es porque soy una escritora decorosa, decente, pero no soy una gran escritora. No, no quiere decir que para ser una gran escritora deba asesinar a toda la gente que está a mi alrededor y me quita tiempo. No lo sé explicar, pero sí creo en la posesión, el incendio del acto creativo. Mira a Rulfo: anda por el mundo como ánima en pena a ver qué clave o qué signo del teletipo lo va a echar a andar otra vez y lo va a hacer delirar y contar sus cuentos que tiene atorados en la cabeza. Un escritor que no ande así es alguien que, entre otras cosas en su vida, escribe.

— *¿Cuándo publicarás un libro de cuentos? Tienes muchos en revistas.*

— Primero quiero terminar la novela sobre Vallejo y después hacer otro libro, más que escribir cuentos. Quiero apasionarme cada día más por la escritura. No sé si los caminos que escojo sean muy difíciles, sean caminos de rigor que quizás no lleven a nada.

— *¿Te refieres a las notas mentales que hace Carlos Fuentes para estructurar sus novelas?*

— Ver cómo construye él una novela es muy importante porque



hace un mapa como de la mitad de esta ventana y pone banderitas. Parece un mapa de estrategia de guerra. Así van avanzando sus personajes, como en las películas gringas donde se veían los bombardeos de Londres. Va poniendo banderas de lo que hace cada personaje. Y muchos están inspirados en gente de la vida real: Chaneca Maldonado es un personaje de *La región. . .*

— *Ya no me hables de Carlos Fuentes. Dime si tienes notas o diarios o cómo construyes tus personajes.*

— Tengo muchas notas de gente que habla como loro, así como hablo yo este día, frente a ti. Escribo lo que dicen. Tengo mucho material guardado, sin usar, incluso novelas enteras. En un momento de mi vida me dediqué a ir a Lecumberri porque me

escribió un preso que había una obra que se llamaba *El cochambre*. Fui y me encontré con que los presos eran muy fáciles de entrevistar y que era gente con la sensibilidad a flor de piel, que está herida y, sin saberlo, uno actúa como psicoanalista o confesor, es una llave que abre las compuertas. ¡Ay, catarsis! Tengo la vida de un homosexual que no me dice que lo es. La vida de un muchacho que desfalcó un banco. La de un ferrocarrilero carpintero que se llama Alberto Lumbreras. Es una vida de hambre, hambre y hambre y sufrimiento inútil. Tengo otras vidas que sacaba en la grabadora. En esa época, hace quince años, llevaba a Lecumberri una grabadora que era una especie de baúl. ¡Hasta los policías se compadecían porque se me había alargado un brazo y me cargaban la grabadora hasta el polígono! Esto hizo que Julio Scherer, según me lo dijo, fuera a Lecumberri a sacar la vida de Siqueiros que publicó en un libro emocionado que se llama *La piel y la entraña*.

— *¿Por qué no hay mucho sentido del humor en tus obras? ¿Te inclinas por la tragedia? ¿Eres muy seria?*

— ¡Yo no era así! Además, provengo de una familia donde lo que más les gusta es que alguien sea chistoso. Puede ser un asalta caminos, un bandido, pero si sus anécdotas hacen reír en la mesa, lo cubren de bendiciones. Me he hecho un poco trágica y un mucho histérica en los últimos años. Me apremia, me angustia mucho la idea del tiempo. Pienso que soy una mujer de 42 años y que si no escribo entre los 42 y los 52 ya no lo voy a hacer, que el periodismo me ha dispersado internamente. Hay algo que me impide sentarme cuatro horas seguidas en la máquina: porque te hablo por teléfono, cotorreamos, le hablo a mi mamá, me cuenta que no vino el gas. Hay un montón de interrupciones en la vida de un ama de casa: señores que tocan a la puerta y piden que baje la señora para ofrecerle una aspiradora, una enciclopedia, una vaselina. Estas cosas, en vez de evitarlas, las acepto aunque me impidan hacer mi trabajo, y en la noche me siento en mi cama y me pregunto ¿hoy qué hice? Tú Mágara, en cambio, jamás tienes cruda moral de nada. Yo sí. No soy como tú, no puedo leer un libro de chistes, de caricaturas. Me ponen tristísima porque me entra una angustia enorme de pensar que me voy a divertir, como tú me lo dices.

— *¿Has hecho todos los personajes que has pensado?*

— ¡No, no he hecho nada y eso me angustia! Pero fíjate, me gustaría tener otro hijo y Guillermo dice que me saldría con barbas. Me gusta mucho Liz Taylor porque adoptó a muchos niños. Me gustaría vivir la vida con todas sus cosas. También quisiera viajar más o poderme estar hasta las cinco de la mañana con gente que se está emborrachando y esas cosas que hago muy poco o no hago.

— *¿Y resientes mucho no hacerlas?*

— No. lo único que resiento es escribir con tanta lentitud. Creo

muy poco en lo que estoy haciendo y todo eso me afecta, me angustia mucho.

— *¿Contribuye a esta angustia el que vengas de una familia noble y rica?*

— Hay ricos que siempre se sienten culpables. Quizá es esta culpabilidad la que me ha hecho trabajar toda mi vida y preocuparme por algunas cosas. También hay cierta incapacidad para entender ciertos problemas pero no tengo formación académica de ningún tipo. Me eduqué, con muchas niñas ricas, en un convento de monjas donde nos enseñaban todos los días versículos del Antiguo y del nuevo Testamento. Me acuerdo que me saqué el primer premio de toda la escuela en Doctrina Cristiana. Cuando llegué a México tenía deseos de ser médico, pero me dijeron “eso no se usa”, me contestaron con prejuicios. Toda mi vida he hecho lo que me dicen que haga. Hice la reverencia hasta los 21 años. Sabía hacer la pequeña y grande reverencia —la que se hace a la Reina Isabel, a quien jamás he visto. Viví muchos años atiborrada de cosas inútiles que creía importantes como cómo se pone la mesa, qué tenedor de pescado se utiliza, jalar la silla, que no se sienta uno hasta que la persona mayor se haya sentado, en fin, una serie de reglas que son bien aterradoras y que me han impedido hacer mil cosas. No hice una carrera universitaria por falta de carácter. Me metí al periodismo porque mi mamá me quería mandar a Francia y yo pensaba que nadie me iba a sacar a bailar. Me metí a *Excelsior* de pura chiripa, por ser amiga de una hija del jefe de sociales, Eduardo Corre. Después fui a Francia, pero en otras circunstancias.

— *De tus entrevistas salió un libro, Palabras cruzadas...*

— Sí, pero no salió en el primer año de periodismo.

— *¿Por qué no me cuentas lo de los guantes blancos, que hasta hace muy poco usabas todos los días?*

— ¡Iba a la cárcel con guantes blancos! No importaba lo que me fuera a suceder con tal de que llevara guantes blancos. Ese es el mundo de las formas. ¡Me podían violar, pero no me quitaba mis guantes blancos!

*(Todavía importan mucho las formas, los buenos modales a Elenita. Es capaz de sufrir a un grupo insoportable, pero no se atreve a ser descortés. Su resistencia para escuchar discursos es infinita)*

— *¿Conoces muy bien la ciudad de México? ¿Por eso escribiste ese libro de reportajes excelentes, Todo empezó el domingo?*

— Si conozco la ciudad, pero ése es un libro que es más obra de Alberto Beltrán que mía. El tuvo mucha importancia en mi trabajo, que siempre estimuló con entusiasmo. A él le interesa la gente pobre, y todos los domingos íbamos a ver qué hacían los pobres los domingos. Muchos nada más se sentaban en un pastito de Chapultepec o en el de los camellones. El hacía los dibujos y yo escribía el texto.



— *¿Qué son para ti los estudiantes, la gente joven?*

— No puedo generalizar y decirte que quiero a todos los estudiantes, pero me siento muy cerca de ellos. A raíz de *La noche de Tlatelolco* empezaron a visitarme grupos de estudiantes. Los quiero bien, y me cuentan cosas que a lo mejor no le platican a su mamá. Me ayuda mucho su presencia. Me importa la gente joven, más que la vieja. La gente joven es un misterio. Tiene todo su quehacer por delante. Aquí está Silvia Molina, quien trabaja conmigo en una clase y escribe un libro que me interesa y me apasiona igual o más que si yo lo hiciera, porque refleja algo que yo hubiera querido escribir a la edad en que ella lo escribe. Es muy importante que la gente escriba. Hay mucha gente que puede hacerlo y cree que es difícilísimo sin pensar que el escritor es como el deportista que todos los días hace lagartijas hasta que acaba por hacerlas bien. Escribir es sentarse todos los días y redactar dos, cuatro o diez páginas. Y llega un día al cabo de cuatro o cinco años en que uno dice “esta página sí está bien”. Es una disciplina como la de la carpintería, es un oficio de artesano, porque escribir sólo cuando hay inspiración no produce escritores. En México sucede con frecuencia que la gente escribe cuando está “inspirada” o se pasa la vida contando lo que va a hacer y resulta que se muere o tiene setenta años y todavía platica de las cosas que iba a hacer. Por eso es importante decirles a los jóvenes: “Muy bien, lo que escribes es muy bueno”. Alentarlos para que escriban todos los días.

— *¿Cuándo terminarán la novela que escribes en equipo con varias de tus alumnas?*

— No sé, pero es una novela que ha dado la posibilidad de escribir a personas que creían que no servían como escritoras.

— *A veces me prestas libros en los que has anotado observaciones muy agudas, muy certeras. ¿Lees mucho y con método?*

— ¡Gracias por lo de certeras! Hay libros en los que apunto lo que pienso, los subrayo. Una vez Carletto Tibón me dijo que cómo una gente como yo podía masacrar así los libros. A veces no tengo papel a la mano y escribo páginas enteras de lo que fue el libro para mí. Ese es el resultado de una formación francesa. En la escuela siempre hacíamos análisis gramaticales y los he seguido haciendo toda mi vida. Al terminar de leer un libro escribo la sinopsis para saber qué leí, por qué me gustó, qué me interesó. Trato de hacerlo lo más lógica y sistemáticamente posible, sin irme por las ramas o decir una bola de mafufadas, sino lo que realmente me sugiere el libro.

— *Hace poco publicaste un ensayo en Los universitarios acerca de las escritoras mexicanas, ¿quiénes te interesan como escritoras?*

— Me interesa mucho Inés Arredondo. Me parece que es una gran escritora. Me interesa también la China Mendoza, porque creo que tiene fuerza, amargura y necesidad de éxito y reconocimiento, lo cual me conmueve. También creo que eso se puede fosilizar y

no ir a ningún lado. Me interesa Elena Garro pero no sé qué diablos está haciendo y dónde está. Es una mujer muy inteligente, muy llena de vida y muy reaccionaria, todo el día hablaba de Maximiliano. Tiene una vida muy atractiva. También quise muchísimo a Rosario Castellanos, a quien considero la más completa de las escritoras.

— *¿Qué piensas de Pita Amor?*

— Que fue un fenómeno cultural —iba a decir de los treinta— de los cincuenta. Era una señora que hacía muchas locuras. ¿Recuerdas que Diego Rivera la pintó desnuda? Miguel Alemán inauguró esta exposición en la que estaba el desnudo de Pita Amor. Era un retrato feo y ella tenía un cuerpo de niña con apenas unos pechitos chiquitos, bueno, rositas. Le dijo Alemán: “¡Qué bonito es su cuerpo!” Ella respondió: “Oh, señor, es el retrato de mi alma!” “¡Pues, qué alma tan pachoncita!” u algo así comentó Miguel Alemán. Pita se iba de farra todas las noches. Llegaba a las fiestas desnuda bajo un abrigo de mink, decía que ella era la reina de la noche. Escribió poemas muy buenos y algunos de ellos de primera. Fue muy importante que en aquella época una mujer se atreviera a hacer todo lo que ella hizo. No sé, a mí me angustia mucho la vida de las mujeres mexicanas.

— *En el fondo, eres muy feminista. . .*

— Sí, creo que las mujeres debemos tener oportunidad de desarrollarnos, de hacer nuestra obra, la misma oportunidad del hombre. Es muy horrible que los papeles se hayan dividido en femenino y masculino. He oído muchas veces que las mujeres dicen “No quiero a las mujeres, no tengo amigas”. Yo siento un cariño profundo, una lealtad definitiva por mis compañeros. En la redacción de *Novedades*, siempre me he acercado más a las reporteras. A las que a veces les hacen cosas que no les harían a los hombres: les quitan determinadas fuentes. He tratado de unirme a ellas porque siento que hay un gran rechazo para las mujeres en todos los terrenos competitivos. En el periódico, las mejores fuentes son para los hombres. A pesar de mi enorme simpatía por las mujeres, reconozco que en muchos casos tenemos menor capacidad de síntesis y menor capacidad para desarrollar ideas.

— *¿A poco te interesa la novela filosófica?*

— Sí. Leo mucho en este momento a Simone Weil.

— *¿Por qué crees que hay una edad para crear?*

— Virginia Woolf se llenó las bolsas del suéter de piedras y se ahogó. Había acabado de estar. Había escrito siete libros notables. Rosario Castellanos no hizo nada en Israel, es triste decirlo, pero sólo escribió artículos nostálgicos. No hay poesía nueva. Ni novela. ¿Por qué? Porque hay sólo 10, 15 años, a lo sumo 20, de creatividad.

— *¡Quién sabe! Pero me voy antes de que me contagies tu angustia.*